

Homilías domingo 22 (Ciclo B)

+ Lectura del Santo Evangelio según San Marcos.

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un grupo de fariseos con algunos letrados de Jerusalén y vieron que algunos discípulos comían con manos impuras (es decir, sin lavarse las manos).

(Los fariseos, como los demás judíos, no comen sin lavarse antes las manos, restregando bien, aferrándose a la tradición de sus mayores, y al volver de la plaza no comen sin lavarse antes, y se aferran a otras muchas tradiciones, de lavar vasos, jarras y ollas).

Según eso, los fariseos y los letrados preguntaron a Jesús:

- ¿Por qué comen tus discípulos con manos impuras y no siguen la tradición de los mayores?

Él les contestó:

- Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito:

"Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos".

Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres.

En otra ocasión llamó Jesús a la gente y les dijo:

- Escuchad y entended todos. Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro del corazón del hombre salen los malos propósitos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad.

Todas esas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro.

Palabra del Señor.

Homilías

(A)

¿Recordáis al escritor Roberto E. Way? Escribió un lindo libro titulado “El Jardín del Amado”. Una serie de cuentecitos muy lindos y sabrosos. Uno de ellos lo titula: “El Discípulo y el ruiseñor”.

Era el Discípulo jardinero que adoraba a su amo. Y le encantaba que el jardín siempre estuviese limpio, florido y sobre todo, lleno del canto de las aves.

Un día notó que en el jardín había un pájaro extraño. No tenía los colores de los otros. “Era pequeño, color marrón” que desdecía del resto de pajaritos cantores. Y le pareció como un invitado a una boda sin llevar las mejores galas”. Y decidió expulsarlo de su jardín. Los demás pájaros seguían cantando, pero sintió como si algo le faltase al jardín de su Amado. Y hasta las “bellas rosas inclinaron sus cabezas y empezaron a morir”.

Cuando llegó el Amante le preguntó ¿qué había pasado con el pájaro marrón? Que no lo veía ni lo escuchaba. El Jardinero Discípulo le contó cómo lo había expulsado por desdecir del encanto de los demás pájaros.

El amante salió a buscarlo y lo regresó a su jardín y se le puso encima de sus hombros. Y empezó a cantar de nuevo y el jardín comenzó a recuperar de nuevo la “plenitud de su melodía y las rosas volvieron a alzar sus cabezas”. Era un ruiseñor.

¿No es esto la mejor graficación del Evangelio de hoy?

Una religiosidad exterior.

Pero una religiosidad sin corazón, de apariencias.

“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos”. “Aferrados a la tradición de los hombres, pero dejando de lado el mandamiento de Dios”.

Mucha pureza de manos y mucha suciedad de corazón.

Mucha apariencia para que los demás nos vean.

Pero poca verdad interior del corazón.

El discípulo se fijó en el color del ruiseñor. Pero no supo escuchar su canto. Para él era más importante la apariencia de su color que la armonía y la belleza de su canto.

Dios no escucha tanto el canto de nuestros labios, cuanto el canto de nuestro corazón.

Dios no se fija tanto en la limpieza de nuestras manos, sino si son manos tendidas al hermano para ayudarlo.

Dios no se fija tanto en las bonitas palabras u oraciones que le decimos, sino en la sinceridad del corazón.

Para agradar a Dios no necesitamos cambiarnos de vestido, prefiere cambiemos de corazón.

Para Dios, no es lo de afuera lo que le impresiona, sino lo de dentro.

Las apariencias engañan.

Detrás de una vida sencilla se puede esconder un corazón grande.

No es suficiente decirle que "siempre lo hemos hecho así".

Porque puede suceder que siempre lo hemos hecho mal.

No es suficiente ser fiel a una tradición, porque en el pasado se hizo así.

Porque es posible que El quiera que hoy lo hagamos de otra manera.

No se trata de ser fieles a lo que nosotros siempre hemos hecho.

Sino de ser fieles a lo que el Espíritu quiere y espera de nosotros hoy.

Están bien las leyes que nosotros hacemos.

Pero primero aceptemos la Buena Noticia de su Evangelio.

(B)

El Evangelio de hoy nos recuerda un roce de Jesús con los Fariseos: ¿Por qué, tus discípulos no siguen la tradición de los mayores?.

Es el clásico enfrentamiento que todos conocemos: enfrentamiento de generaciones: padres-hijos; mayores-jóvenes; iglesia tradicional y renovadora.

Vamos a comentar un poco el roce de grupos distintos en la Iglesia. Lo de antes y lo nuevo.

Solemos oír comentar muchas veces sobre esto.

Si el pueblo deja de asistir a Misa, decimos que falta fe. Si disminuyen las vocaciones sacerdotales, decimos que falta fe. Si no se hace mucho caso de "Años Santos Jacobeos, Años Santos Lebaniegos, o de visitas al Papa", decimos: es que ya no hay fe, ya no es como antes.

Y es verdad, no es como antes. Pero tal vez no porque falte fe, sino porque hay prácticas religiosas, actos piadosos, formas religiosas de antes, que ahora no van, o que a muchos no les van, aunque siguen teniendo fe.

- Lo que sí es claro, es que hablar de falta de fe, o recordar la religión de antes, no soluciona nada.

- Es necesario hacer un examen de nuestras creencias, de nuestra fe y comprobar si está apoyada en Cristo o está apoyada en unas prácticas, en la persona de un sacerdote que nos ha caído bien, o en un santo o una virgen que nos resulta simpática.

Es cierto que nuestra fe es aceptar a Cristo, pero como a Él no le vemos, debemos apoyarnos en cosas cercanas.

* Unos actos piadosos, un santo.

* Un sacerdote simpático y agradable.

Pero lo fundamental es Cristo y lo demás puede ir cambiando. Cristo permanece.

Lo que tenemos que hacer es no hablar tanto de falta de fe, y procurar acomodar nuestra fe a todas esas cosas que van cambiando.

Si nuestra fe esta apoyada en Cristo nos dan poco miedo los cambios. Nos da lo mismo rezar así o de la otra forma. Comulgar en la mano o en la boca. Celebrar la Eucaristía en el templo o en otro local. Que el sacerdote vista con sotana o de paisano: Todo eso y otras muchas cosas son algo accidental.

Lo fundamental es seguir la Enseñanza de Cristo: "Amaos los unos a los otros".

Vamos a continuar la Celebración y vamos a pedir a Dios que nos ayude a mantener la fe, que es algo sencillo, pero complicado a la vez:

- sencillo porque es confiar en una persona, Jesús, que además es Dios; y seguirle.

- complicado porque la fe la vivimos en una sociedad pluralista, con muchas formas de pensar, que debemos respetar. En una sociedad en la que las costumbres, incluso las religiosas, cambian a menudo.

Pero el Evangelio de hoy nos enseña que: "Pasan las costumbres religiosas, pero la fe debe seguir su camino, la fe se mantiene y no se pierde por eso".

(C)

INDIFERENCIA

La crisis religiosa se va decantando poco a poco hacia la indiferencia. De ordinario, no se puede hablar propiamente de ateísmo ni siquiera de agnosticismo. Lo que mejor define la postura de muchos es la indiferencia religiosa donde no hay preguntas ni dudas ni crisis.

No es fácil describir esta indiferencia. Lo primero que se observa es una ausencia de inquietud religiosa. Dios no interesa. La persona vive en la despreocupación, sin nostalgias ni horizonte religioso alguno. No se trata de una ideología. Es, más bien, una «atmósfera envolvente» donde la relación con Dios queda bloqueada.

Hay diversos tipos de indiferencia. Algunos viven en estos momentos un alejamiento progresivo; son personas que se van distanciando cada vez más de la fe, cortan lazos con lo religioso, se alejan de la práctica; poco a poco Dios se va apagando en sus conciencias. Otros viven sencillamente absorbidos por las cosas de cada día; nunca se han interesado mucho por Dios; probablemente recibieron una educación religiosa débil y deficiente; hoy viven olvidados de todo.

En algunos la indiferencia actual es fruto de un conflicto personal vivido a veces en secreto; han sufrido miedos o experiencias frustrantes; no guardan buen recuerdo de lo que vivieron de niños o de adolescentes; no quieren oír hablar de Dios pues les hace daño; se defienden olvidándolo.

La indiferencia de otros es más bien resultado de circunstancias diversas. Salieron del pequeño pueblo y hoy viven de manera diferente en un ambiente urbano; o se casaron con alguien poco sensible a lo religioso y han cambiado de costumbres; o se han separado de su primer cónyuge y viven una situación de pareja no «benedicida» por la Iglesia. No es que estas personas hayan tomado la decisión de abandonar a Dios, pero de hecho su vida se va alejando de Él.

Hay todavía otro tipo de indiferencia encubierta por la piedad religiosa. Es la indiferencia de quienes se han acostumbrado a vivir la religión como una «práctica externa» o una «tradición rutinaria». Todos hemos de escuchar la queja de Dios. Nos la recuerda Jesús con palabras tomadas del profeta Isaías: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí».

(D)

CAMBIAR DESDE DENTRO

Hay algo que los hombres y mujeres de hoy queremos ingenuamente olvidar una y otra vez. Sin una transformación interior, sin un esfuerzo real de cambio de actitud, no es posible crear una nueva sociedad.

Hemos de valorar, sin duda, muy positivamente, todos los intentos de ayudar, ennoblecer y dignificar al hombre desde fuera. Pero, las estructuras, las instituciones, los pactos y los programas políticos no cambian ni mejoran automáticamente al hombre.

Es inútil lanzar consignas políticas de cambio social si los que gobiernan el país, los que dirigen la vida pública y todos los ciudadanos, en general, no hacemos esfuerzo personal alguno para cambiar nuestras posturas. No hay ningún camino secreto que nos pueda conducir a una transformación y mejora social, dispensándonos de una conversión personal.

Los pecados colectivos, el deterioro moral de nuestra sociedad, el mal encarnado en tantas estructuras e instituciones, la injusticia presente en el funcionamiento de la vida social, se deben concretamente a factores diversos, pero tienen, en definitiva, una fuente y un origen último: el corazón de las personas.

La sabia advertencia de Jesús tiene actualidad también hoy, en una sociedad tan compleja y organizada como la nuestra. «Las maldades salen de dentro del hombre». Los robos, los homicidios, los adulterios, las injusticias, los fraudes, el desenfreno, la envidia, la difamación, el orgullo, la frivolidad, que de tantas maneras toman cuerpo en las costumbres, modas, instituciones y estructuras de nuestra sociedad, «salen de dentro del corazón».

Es una grave equivocación pretender una reconversión industrial justa, sin «reconvertir» nuestros corazones a posturas de mayor justicia social con los más oprimidos por la crisis económica.

Es una ilusión falsa creer que vamos camino de una sociedad más igualitaria y socializada, si apenas nadie parece dispuesto a abandonar situaciones privilegiadas ni a compartir de verdad sus bienes con las clases más necesitadas.

¿Pueden cambiar mucho las cosas si cada uno de nosotros cambiamos tan poco?

(E)

Son bastantes los cristianos que tienen la sensación de no saber ya exactamente qué es lo que hay que creer, lo que hay que cumplir y lo que hay que celebrar. ¿Qué hacer ante la marea de inseguridad y confusión que amenaza con disolverlo todo? ¿Cómo reaccionar ante esa ola de incredulidad que parece penetrar más y más en las conciencias?

Es natural que muchos busquen refugio en una «ortodoxia reforzada. Un cuerpo doctrinal seguro, un código de conducta bien definido, una organización religiosa fuerte». Ante la anarquía de posiciones, se busca la seguridad de la tradición. Ante la irrupción de tantas novedades, la solidez del pasado.

Sin duda, hay una intuición acertada en esa postura. Sería una equivocación pretender interpretar el acontecimiento cristiano exclusivamente a partir de nuestro presente, saltando por encima la tradición cristiana y prescindiendo de la larga vida de fe que ha animado a las iglesias durante veinte siglos.

El cristiano que pretende releer el evangelio sin acudir a la tradición corre el riesgo de empobrecer grandemente su lectura, desconociendo toda la riqueza y posibilidades que ese evangelio ha puesto ya de manifiesto en estos siglos.

Pero, al acudir a la tradición, es necesario evitar un grave riesgo. La fe no es algo que se va transmitiendo mecánicamente, como un objeto que se pasa de mano en mano. La fe es una vida que no puede ser comunicada sino en la misma vida. Y la única manera de vivir lo mismo en un contexto cultural nuevo consiste en vivirlo de manera nueva.

Una transmisión que no sea sino la transmisión de unas fórmulas ortodoxas o unas rúbricas litúrgicas, conducirá siempre a una asfixia mortal. En el corazón de la verdadera tradición está siempre la búsqueda del evangelio y de la verdadera voluntad del Padre hoy.

Es bueno que todos escuchemos sinceramente la advertencia de Jesús: «Dejáis de lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres (Marcos 7,ss)... Ni progresistas ni tradicionalistas tienen derecho a sentirse un grupo más cristiano que el otro. Todos hemos de

dejarnos juzgar por la palabra de Jesús que nos llama siempre a buscar desde el amor la verdadera voluntad de Dios.

P. Juan Jáuregui Castelo